

Educación: debajo del cielo, encima del mundo

Gabriela Morales Lagos

Para poder clarificar mínimamente la misión de la educación en el siglo XXI, primero debemos hacer un viaje mental, histórico, a los orígenes de la educación, pero no la formal o la que conocemos actualmente.

Ya muchas veces nos han contado aquella historia de la antigua Grecia, con estos filósofos, que, a estas alturas del partido parecen sacados de la mitología (mitad hombre, mitad dios).

En aquella época, los profesores (también llamados maestros) dominaban muchas áreas del conocimiento y su tarea era traspasar ese conocimiento a las nuevas generaciones (ávidas del saber). Se apuntaba a la adquisición de conocimiento porque la sabiduría en sí misma les proporcionaba status. Los discípulos (Ahora llamados alumnos o estudiantes, aunque no sabría si llamarlos a todos estudiantes porque no todos estudian) estaban deseosos de conocimiento, saber por la motivación intrínseca de poseer dicho conocimiento, aprender por aprender, aprender para saber.

Por lo tanto, somos capaces de sacar nuestras propias conclusiones acerca de lo que fue en sus comienzos de la educación formal “el Crecimiento del Conocimiento”.

Si llevamos este mismo fin a la situación actual, cientos de años después, luego de revoluciones sociales y económicas, guerras, cambios en el pensamiento colectivo, nos encontramos

con una realidad impensablemente diferente. Ya no es el aprender por aprender el que mueve las motivaciones de las personas.

La educación tiene actualmente una misión transformadora, si la vemos desde el punto de vista de la movilidad social. La persona que se educa formalmente, tiene la perspectiva y la precepción de que su nivel socio-económico mejorará al obtener un título. El nivel educacional, si bien ha aumentado, no necesariamente se sabe más, ni tampoco se está mejor preparado. La Educación se utiliza como medio de mejorar la vida desde el punto de vista económico y del status social puesto que vivimos en una sociedad de mercado. El éxito se resume a dinero.

Entonces, ¿Dónde quedó la visión de la Educación de antaño? ¿Es acaso que ese sueño romántico de aprender solo por el deseo de hacerlo quedó obsoleto inmerso en la mitología?

Los profesores tenemos realmente una deuda histórica y es devolver a los alumnos la motivación intrínseca, el deseo de saber, reencontrar a nuestros discípulos con el conocimiento de mostrarnos a ellos como sus maestros, guías no dioses.

Debemos vivir el “Romance” educativo, seducir a los alumnos al conocimientos Y más que nada, autorencantarnos de nuestra profesión.